

## DEL DESIERTO A LA SELVA\*

### UNO

**E**l 14 de marzo de 1963, a las 18:30 horas, a bordo de 12 autobuses, partieron de La Laguna, Coahuila, 507 campesinos que protagonizarían el llamado “Éxodo del Siglo XX”. Originarios de Durango, Zacatecas y principalmente de La Laguna, región que perdiera su bonanza por el monocultivo del algodón, iban a emprender un viaje de las tierras agotadas del norte a la feracidad de la selva campechana.

Encabezó la empresa Francisco López Serrano, Secretario de Nuevos Centros de Población del Departamento Agrario quien, 21 años más tarde, daría su testimonio en un libro: *Del desierto a la selva*, que si por momentos da la impresión de ser un libelo justificador, acaba por poner al lector de su lado pues vivió en el monte, durmió en las champas, comió en la misma mesa de los colonos y, finalmente, se dio el lujo de reproducir las notas periodísticas más acerbas contra la odisea que involucró en su polémica a plumas

tan connotadas como las de Renato Leduc y Luis Spota.

Partieron primero los hombres solos, porque iban a desmontar las tierras, sembrar y construir la escuela, el hospital y las viviendas a donde llegarían a instalarse, en enero de 1964, las esposas y los hijos. Eran campesinos de manos encallecidas y rostros curtidos; sus edades fluctuaban entre los 22 y los 45 años. Como era inevitable, se operó una selección natural en la que quedaron eliminados los más flojos, los faldilleros (como se llamó a quienes eran incapaces de vivir lejos de sus mujeres) y los más débiles, pese a que antes de iniciar la marcha fueron sometidos a estudios médicos.

El 18 de marzo de 1963 arribaron a la tierra de promisión —previamente fumigada por la Secretaría de Salubridad para que los pioneros no sucumbieran ante el paludismo— en donde ya los esperaban herramientas, plantas de luz y 40 toneladas de víveres enviados por la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (CONASUPO). Llegaron a trabajar 16 horas diarias en Candelaria, zona regada por el río del mismo nombre y que estaba limitada por la Laguna de Términos, Quintana Roo y la República de Guatemala.

\* Texto leído el 10 de noviembre del 2005 en el Coloquio Internacional Migraciones y Fronteras, realizado en San Cristóbal de las Casas, Chiapas.

Si bien el abandonado desierto de La Laguna era tan inhóspito como la manigua, el páramo era su tierra, su patria chica y los enemigos aquí eran muchos, como plantas y árboles dañinos, serpientes, carnívoros, la mosca del chicle devoradora de orejas y narices pero, sobre todo, los descomunales incendios provocados por chicleros y madereros que vagaban nómadas por la selva. ¿Qué decir de los efectos de huracanes como el Flora, que produjeron inundaciones al subir el nivel de las aguas 14 metros por encima de su límite?. Ante calamidades tan desconocidas, era inevitable que el 30% de los campesinos que habían atravesado el territorio nacional emprendieran el regreso pidiendo aventones y denunciando, al pasar por la ciudad de México, que los hubieran engañado, porque tuvieron que llegar a construir todo.

Cuando este proyecto marchaba a todo vapor, provisto de bombas hidráulicas, sementales y unas tierras asignadas en propiedad y otras en modalidad ejidal, empezó a ser visitado por periodistas y por el mismo Robert Kennedy, hermano del presidente norteamericano, porque se había propagado la especie de que era una suerte de paraíso en donde se trabajaba hasta los domingos y tenían prohibidas las bebidas alcohólicas.

La periodista Carroll Miller y el fotógrafo Peter Anderson, de *Life en español*, en 1963 documentaron calurosamente la empresa pero, en 1967, cuando ambos se encontraron en la ciudad de México, Anderson le dijo que aquél proyecto arcádico había sido traicionado porque los campesinos ya no recibían apoyos, el equipo estaba abandonado y los camiones se alquilaban a empresas particulares. Hasta las seis lanchas obsequiadas por

la reina de Holanda en los momentos más sonados del proyecto, servían como transporte, pero de alquiler, a los colonizadores de antaño.

Este hecho fue comparado en una carta al director de *La Opinión*, de Torreón, con el caso de los pordioseros que, en Brasil, fueron arrojados a un río para disminuir la mendicidad. Y más: se equiparaba a los laguneros con una cuerda de reos enviados a la selva por el delito de ser pobres. En lugar de la Jauja prometida encontraron un campo de concentración en la manigua.

Sin embargo, los protagonistas eran dueños de un punto de vista ecuánime y viril, tal como expresa un campesino: "No es que estemos abandonados, tenemos hachas, escopetas, arados, palas, picos, víveres, medicinas...y la tierra; muy nuestra, fértil como ella sola, sólo esperándonos. Pero las tempestades son terribles, caen rayos, el viento ruge; en la noche los ojos de las fieras relucen en la oscuridad. La selva impone, no todos están hechos para ella, por eso se van. Esta tierra es para colonizadores, no para colonos".<sup>1</sup> Como el intento civilizador fue considerado una enseñanza ejemplar por el Sindicato Nacional de Maestros, decidió llevarlo al cine con un guión escrito en 1964 por Ramón Rubín. Se llamó *Río inmóvil*, nunca se filmó pero en 1993 fue publicado por el Gobierno del Estado de Jalisco.

El sueño utópico atizado por Adolfo López Mateos empezó a desmoronarse con el arribo a la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz. Se habló mal del proyecto para congraciarse con el recién llegado, se negaron los créditos, se retiraron la asis-

<sup>1</sup> Francisco López Serrano (1984) *Del desierto a la selva*, México, Editorial Diana, p.95.

tencia técnica y la maquinaria pesada y se clausuraron las cooperativas. Todo el personal que pagaba el gobierno fue cesado pero se quedaron la redoba y el acordeón a convivir con la marimba; el sombrero nortño sentó sus reales y la bota vaquera desplazó al humilde huarache.

## Dos

Treinta años después de la odisea lagunera, Ramón Rubín publica *Río inmóvil*, volumen que divide en dos partes, una titulada “Realidad” y otra “Ficción”. En la primera da su versión de la caravana de campesinos en la que él iba comisionado, con un disfraz militar, para escribir un testimonio que le habían pedido los encargados gubernamentales del traslado, quienes se imaginaban que la empresa tendría tintes de epopeya.

Rubín visitó La Laguna y documentó que las personas no tenían agua ni para beber y eran víctimas de enfermedades ocasionadas por la anemia. No mostraban entusiasmo por el viaje; lo aceptaron como último recurso frente a la miseria que se ilustra con una imagen: los perros deambulaban tan desamparados por las calles que los fuertes vientos del atardecer los arrastraban e incluso a alguno lo levantaron en vilo; Rubín llegó a sugerir que se recurriera a algún truco cinematográfico para mostrar una escena tan elocuente como ésta.

Pero el periplo de los colonos estuvo lejos de toda épica: fueron transportados en vagones para ganado, en los autobuses se desató una epidemia de gripe hemorrágica y en las diferentes escalas, más que ser recibidos como héroes, eran tratados con recelo. Cuando el novelista llegó a Candelaria, como hombre privilegiado, se

hospedó en un *hotel* que “tenía sólo tres cuartos exigüos con piso de tierra y paredes y techos de tablas mal encaladas; su único mobiliario era un catre de tijera con la lona impregnada de mugre, sudor y fetidez”.<sup>2</sup> Los moscos le parecieron tan grandes que hiperbolizó comparándolos con golondrinas. Sin embargo, el río que designó como inmóvil, le pareció de una gran belleza:

iHermoso, ciertamente, este río San Pedro o Candelaria que nace en el Petén guatemalteco e introduce la majestad de su parsimonioso caudal por las tierras más deshabitadas de México en busca de esa antesala del golfo que es la Laguna de Términos, donde reúne sus contingentes con los de otros ríos antes de vaciarse en el mar... Casi no era preciso nadar para que sus densas aguas, de una maravillosa transparencia glauca, nos sostuvieran a flote (...). Describir la exuberancia y belleza de un río tal no resulta fácil. Todo lo que las palabras alcanzan a expresar no puede darnos una imagen cabal de ese vigor silente que late en él y trasciende a la naturaleza. La hipérbole y los superlativos se quedan cortos, desvaídos, frente a la realidad de una corriente fluvial que deja el ánimo como suspendido. El agua parecía tan espesa como el aceite; pero refulgía al sol con todo el esplendor de sus matices glaucos y cabrilleos luminiscentes. De caudal muy lento, el Candelaria fluye anchuroso entre los imponentes raizones aéreos de la vegetación marginal y bajo un palio verde de frondas que se proyectan como si trataran de alcanzar la rama fraterna de sus congéneres de la orilla opuesta. Al paso de las embarcaciones tendían el

<sup>2</sup> Ramón Rubín (1992) *Río inmóvil*, Jalisco, Secretaría de Cultura de Jalisco (Novedad de la Patria), p. 37.

vuelo garcetas y cormoranes, y el grito selvático del pijije colgaba su angustia del enmarañado bosque de las riberas. Allí, el amate amarillo, el anacahuite y el pucté estiraban sobre las aguas sus grandes abanicos verdes, entoldando rinconadas sombrías al fondo de las cuales ejecutaban una retorcida danza inmóvil las raíces aéreas y sumergidas y las ramas chuponas del mangle y la majahua. El agua penetraba tímida entre esa red sarmentosa e iba a perderse en los misterios de la margen inundable”.<sup>3</sup>

La burocracia, que siempre entorpece todo, no estaba ausente en el viaje, tal como observamos cuando los ingenieros agrónomos, al ver que los hambrientos viajeros habían improvisado atarrayas con trastos viejos, los regañan alegando que el gobierno no quería pescadores rústicos, sino campesinos hercúleos. Ramón Rubín vivió un mes en la selva y, para explicar el fracaso de la aventura dice que se requería una mística colonizadora que los depauperados campesinos no tenían; cargaban en su cabeza los números de una deuda acumulada por sus sueldos, la manutención de sus familias y el precio de sus nuevos terrenos y casas. Dice que sólo quedaron en Candelaria tres músicos, que sobrevivían tocando por los caseríos, pero no explica cómo abandonaron la selva tantas familias.

Ficción, la segunda parte del libro, es un texto cinematográfico ya que el guión definitivo se le encargó a José Revueltas, quien sin conocer La Laguna le dio a la historia un giro típico de su obra. Así, la expedición era resultado de los conflictos entre hacendados y guardias blancas,

y la pobre huérfana creada por Rubín aparecía como una luchadora de grandes ímpetus. No gustó al gobierno esta versión con campesinos patibularios y se le encargaron a Emilio Carballido, pero *Río inmóvil* volvió a frustrarse porque no hubo dinero para la filmación y el Banco Cinematográfico, creado y sostenido por el gobierno, para prestar capital exigía que se agregaran escenas de violencia, charros y cantadoras para que hicieran rentable la cinta y pudiera recuperarse el dinero.

En su texto cinematográfico, Rubín tuvo el acierto de elegir momentos dramáticos, como las despedidas, o el momento en que los campesinos bajan de los camiones para beber agua de coco, pero se acuerdan de sus mujeres e hijos que padecían sed y arrojan los frutos. Como un gesto que indica la simpatía que en el fondo sintió Rubín por sus compañeros de viaje, el texto finaliza cuando las mujeres llegan a Candelaria para alcanzar a sus maridos. Toman posesión de sus nuevas casas y, luego de hartarse con frutos y peces, suponemos que se ayuntarán después de largos meses de abstinencia.

Con un puñado de textos que Carol Miller escribió sobre sus viajes al sureste mexicano, armó un afectuoso libro titulado *Mundo maya*. Significativamente, la última hoja del volumen es un recuerdo de su viaje como reportera de *Life en español*: “El ser humano, sin embargo, sabe adaptarse. Ahora el letrero sobre la carretera a Escárcega indica orgullosamente la desviación a Nuevo Coahuila: remembranza afectuosa, pero más de una generación después. Gente ya nació, casó, dio a luz y murió en lo que se ha vuelto su tierra, propia y entrañable. Igual le pasaba

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 38, 41 y 42.

a los mayas, cada vez que abandonaban un sitio para trasladarse a otro".<sup>4</sup>

### TRES

De lo arriba dicho podemos obtener tres conclusiones. En primer lugar, que las fronteras son líneas políticas que la geografía americana, tal como afirma Jorge L. Tamayo,<sup>5</sup> anula con sus regiones. La selva nos limita y expresa al sur y el desierto nos calcina y mantiene a raya en el norte. Pero todo esto tiene sus asegunes pues los desiertos nos fueron arrebatados y hoy los reconquistan quienes logran establecerse allende el río Bravo. En nuestra frontera sur ha habido tal libertad de tránsito y convivencia de menonitas, ingleses, beliceños, guatemaltecos, hondureños, mexicanos e indígenas mayas –tal como documenta magistral y dramáticamente Rafael Bernal en su novela *Caribal* (1944 y 1945)– que, entre 1935 y 1940, el general Rafael Melgar, gobernador de Quintana Roo, inicia la política de “pueblos de reconcentración”, para aglutinar y dotar de servicios a los hombres nacidos en la región.<sup>6</sup> Pero esta ha sido la emigración oficial, porque movidos por sus necesidades de tierra o de trabajo, desde 1915 llegan a Quintana Roo chicleros de Veracruz, Yucatán, Tabasco, Honduras y Belice. Además, no era raro que estas migraciones fueran producto de levass hechas por la

policía, que lo mismo levantaba borrachos, ladrones y boticarios.

En segundo lugar debemos reconocer el trabajo del escritor Ramón Rubín, quien se ocupó de registrar en su vasta obra los distintos pueblos y las diversas regiones de México. Por sus libros de cuentos de indios desfilan pápagos, tzotziles, huicholes, pimas y un largo etcétera, pero dos de sus novelas han documentado la vida en nuestras fronteras. La del norte está plasmada en *Cuando el Táguaro agoniza* (1960) y la del sur en *El callado dolor de los tzotziles* (1949). Precisamente a sus 22 años de edad, es decir en 1934, cuando quería beberse la experiencia a gruesos sorbos para transformarla en literatura, quiso conocer la selva en el istmo de Tehuantepec. Viajaba en ferrocarril y pidió al maquinista lo dejara entrar al monte sentado debajo del fanal que alumbraba el tránsito del tren. Con la soberbia típica de la juventud, quiso llenarse los pulmones con la frescura de la selva y no escuchó consejo. Terminó su viaje con las nalgas al frente porque miles de insectos le reventaron la cara y se le metieron debajo de la camisola y del pantalón hasta provocarle una fiebre y una inflamación que lo tuvieron una semana en cama.<sup>7</sup>

Tercera conclusión. En la década de los setenta, el gobierno de Luis Echeverría propició la emigración para reforzar la frontera mexicana con Belice y Guatemala, hecho que nos remite, otra vez, a las migraciones oficiales. Pero en 1972, un grupo de campesinos de Jalisco, acogidos a un intento de colonización dirigida, solicitó tierras selváticas de Quintana Roo. No pudieron con el trópico y se

<sup>4</sup> Caroll Millar (1993) *Mundo maya*, México, ediciones del periódico *El Día*, pp. 167 y 168.

<sup>5</sup> Véase Jorge L. Tamayo (1952) *Geografía de América*, México, FCE (Breviarios, núm. 66).

<sup>6</sup> Véase Victoria Chenaut (1989) *Migrantes y aventureros en la frontera sur*, México, SEP/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

<sup>7</sup> Véase “Descubriendo la selva”, en Ramón Rubín (1991) *Casi cuentos en salsa chirle*, Sinaloa, Editorial Difocur.

regresaron a su tierra natal a los seis meses. Dejaron los ejidos en manos de campesinos del lugar, que sembraron maíz y frijol y echaron raíces.<sup>8</sup>

Si migrar es una estrategia para sobrevivir, la selva ha sido uno de los destinos más anhelados. Se le ha prefigurado como un paraíso en donde intentar por enésima vez la utopía, pero para quienes no son sus hijos, la selva siempre ha sido el infierno verde, tal como testimonian tantas obras de la narrativa latinoamericana.

<sup>8</sup> Este movimiento de olas humanas que recibió apoyos gubernamentales y narraciones épicas resulta un fenómeno típico de todo el sureste mexicano y tiene, también, un otro oscuro, el de las deforestaciones: "Envueltos por una selva exuberante, por el canto de las aves, los arroyos cristalinos y las apacibles lagunas, los lacandones se habían mantenido al margen de nuestra civilización, un grupo nunca conquistado ni colonizado; los cortadores de la caoba y los chileros fueron la primera herida de la selva. Sin embargo, el cambio más importante para los miembros del grupo del norte se dejó sentir en la década de los sesenta cuando miles de campesinos indígenas, tzotziles, tzeltales, tojolabales, choles, etcétera, llegaron a la región buscando un pedazo de tierra cultivable, huían de comunidades sobrepobladas o de las grandes fincas. No conociendo ellos el bosque tropical húmedo, lo destrozaron por las grandes extensiones que quemaron y tumbaron y la introducción de ganado vacuno (...) Para este año (1972) la invasión ya no se limitaba a sólo indígenas de los Altos de Chiapas, sino que campesinos de Sonora, Hidalgo y Jalisco, llegaban a la selva huyendo de los páramos y desiertos que habían creado por la falta de conocimiento de la técnica adecuada para obtener mayores rendimientos del suelo..." Gertrude Duby (2003) *Imágenes lacandonas*, México, Asociación Cultural Na Bolom/FCE (Tezontle), p. 15.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bernal, Rafael (2002) *Caribal. El infierno verde*, México, CNCA (Lecturas Mexicanas, cuarta serie).
- Chenaut, Victoria (1989) *Migrantes y aventureros en la frontera sur*, México, Secretaría de Educación Pública / Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Duby, Gertrude (2003) *Imágenes lacandonas*, México, Asociación Cultural Na Bolom / FCE (Tezontle).
- López Serrano, Francisco (1984) *Del desierto a la selva*, México, Editorial Diana.
- Miller, Carroll (1993) *Mundo maya*, México, ediciones del periódico *El Día*.
- Rubín, Ramón (1992) *Río inmóvil*, Secretaría de Cultura de Jalisco (Novedad de la Patria).
- \_\_\_\_\_ (1960) *Cuando el Táguaro agoniza*, México, Editorial Azteca.
- \_\_\_\_\_ (1991) *Casi cuentos en salsa chirle*, Sinaloa, Editorial Difocur.
- \_\_\_\_\_ (1990) *El callado dolor de los tzotziles*, México, FCE (Letras Mexicanas).
- Tamayo, Jorge L. (1952) *Geografía de América*, México, FCE (Breviarios, núm. 66).

Vicente Francisco Torres  
Universidad Autónoma Metropolitana,  
Azcapotzalco